



EN EL LEÓN DEL PUERTO



I

«El león del puerto» era uno de esos bodegones inmundos de sucias paredes, ahumado techo y angosta entrada, refugio de gente pendenciera y maleante, amén de alguno que otro marinero y contado número de pescadores amigos del ruido precursor de toda clase de broncas, una de las distracciones más favoritas para los asiduos concurrentes al *Casino*.

nombre con que era más conocido aquel infame tabernáculo, en el que por la más leve disputa salían a relucir las navajas, sin que jamás se hubiese dado el caso de que volvieran a desaparecer sin antes haberse teñido con la humeante sangre de alguno de aquellos hombres sin sentimiento alguno de piedad.

El que sacaba la herramienta y no la hundía, sin vacilar, en el cuerpo de un semejante suyo, se le consideraba como un cobarde, y, sino se largaba prontamente de la tertulia, pero para no volver más, ya sabía que, al descuido más ligero, una puñalada certera, aunque apestada á traición, le haría desaparecer, no de la taberna, sino, lo que era mucho peor, del mundo de los vivos.

Allí, no había más recurso que morir ó matar, todo lo que fuese en contrario no era otra cosa que niñerías para aquella *escoquida* sociedad.

II

Una noche en que la tempestad se desencadenaba en el exterior, mezclándose el ensordecedor ruido del trueno, el espantoso rugir del mar alborotado, la taberna de «El león» se encontraba completamente llena por sus favorecedores, los que indiferentes, por instinto, al tenebroso ruido de la tormenta, ni siquiera hacían caso de ella, y, mucho más, hallándose entretenidos en gozar de un espectáculo triste y repugnante.

Sobre una de las mesas más grandes de la sala había subido, ó mejor dicho, habían hecho subir á una niña de unos siete á ocho años, la cual jaleada por aquella chusma infame se retorcia convulsivamente bailando una especie de tango torpe y grosero.

Esta criatura de demacrada carita, rubios cabellos y hermosos ojos azules de lángida mirada, se estremecía de espanto cada vez que alguno de los espectadores la gritaba con voz ronca:

—¡Vivo! ¡Más aprisa, Tosca!

Orden que solía terminar con una horrible blasfemia, seguida de un tremendo puñetazo descargado sobre la mesa cubierta de vino, migajas, y ruidos huesos mal olientes.

Tras una hora de incesante movimiento el tierno angelito se dejó caer completamente rendida y sin alientos ya para reanudar de nuevo el baile.

Una tempestad, peor que la que rugía fuera, de maldiciores é insultos acogió el cansancio de la infeliz criatura.

—¡Arriba, Tosca!

—¡Gandula!

—¡Sin vergüenza!

—¡Qué delicada se ha vuelto la muy...!

—Hacerla una sangría para que se avive.

—Al momento.

Y uno de aquellos energúmenos sacando de su bolsillo una enorme navaja se dirigió hacia la chiquilla dispuesto á desgarrar sus tiernas carnicitas, más la pobre al verle se puso de rodillas y extendiendo sus descarnados bracitos gritó con apagado acento:

—¡Oh! ¡No! ¡Por caridad! ¡Perdonadme! Yo bailaré, sí, haré cuanto me mandéis.

Al punto púsose nuevamente en pie comenzando su interrumpida danza, animada por los gritos y soeces palabrotas de sus cobardes martirizadores.

La juerga duró hasta bien entrada la noche en que el dueño del bodegón se encargó de ponerla fin indicando había llegado la hora de cerrar.

III

—¿Cuántos has recogido?

—Veinte céntimos.

—¿Veinte céntimos! Ah, sin vergüenza, que mal debes haberte portado esta noche con tus amigos del «León del puerto». Ya te arreglaré yo. Por el pronto hoy te acuestas sin cenar. ¡Anda, largo de aquí! ¡Infame! ¿Así procuras por tu protectora? ¡Cochina, te voy a arrancar las dos orejas!



Y aquella vieja miserable cogió al angelito como había dicho, levantándola de una manera cruel y arrojándola luego sobre el inmundo montón de harapos que, en un ángulo de la cueva, le servía de lecho.

IV

¡Pobre Tosca!

¡Cuántas compañeras tienes en el mundo!

¡Cuántas tiernas criaturas lloran su dolor en la sombra, sin que vean jamás destacarse de ella una mano amiga que las acaricie y unos labios cariñosos que sequen sus lágrimas!

¡Pobres huérfanos desheredados de la fortuna!

Vosotros los que ejercéis la caridad, no os olvidéis de ellos, no aguardéis que vengan á imploraros, buscadlos vosotros mismos.

F. ROSUERO DE SEGURA

GOTAS

No hay quien á mentir te iguale:
que no me quierres, me dices,
y, eso que dices, no vale;
con los ojos contradices
lo que de los labios sale.

Eres envidioso y veo
que padeces un suplicio
igual que el de Prometeo;
el buitre es tu propio vicio
y el Cáucaso tu deseo.

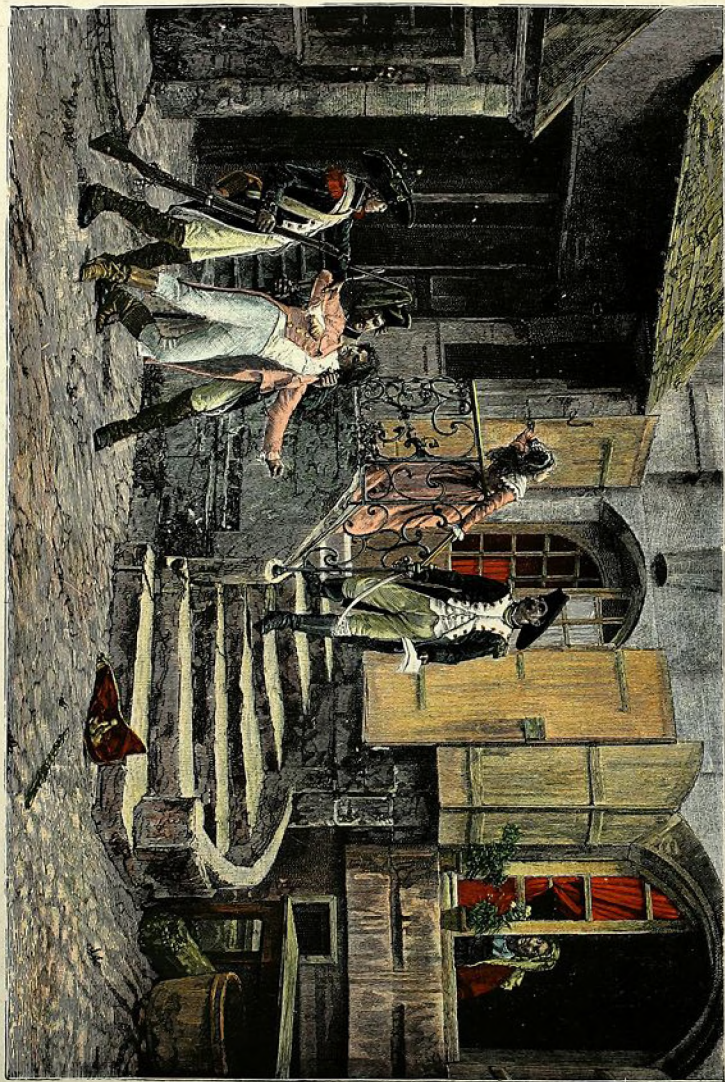
Si en amor se es principiante,
al darnos cita una amante
¡qué largo se nos figura
el tiempo que hay por delante!
¡qué corto el tiempo que dura!

Te dedico esta quintilla
y un beso por ella quiere;
si me lo das, como espero,
¿qué son para mí Zorrilla,
Hugo, Milton, Dante, Homero...?

Un gran premio se ofreció
para un concurso de feos
que en París se celebró
y, créaslo ó no lo creas,
ni una sola concurrió.

Me permito hacer constar
que, en Cuba, llegué á ganar
cuatro cruces como un bravo,
y hoy no he podido almorzar
por no tener un centavo.

MANUEL PÉREZ SERRANO



EL ARRESTO, cuadro de Julio Girarbet



EL AMOR EN EL AIRE

Las rivalidades artísticas suelen conducir á desastres horribles. Ningún ejemplo mejor que Toronado Minglanilla, cuya vida es un cúmulo de sinsabores é infortunios. Dedicábase á recorrer las ferias de los pueblos, realizando ascensiones en su globo, que era la admiración de los sencillos campesinos.

Al principio de su arriesgada profesión todo marchaba como una seda. No sufrió contratiempo alguno; siempre los aires le acariciaron levemente en cuantas ascensiones llevó á cabo, dejándole al caer en agradables sitios, donde su persona y el aerostato resultaban ilesos. Pero como la

fortuna es hembra veleidosa, llegó un día en que los vientos cambiaron y Minglanilla padeció horriblemente.

Se enamoró de una campesina encantadora, sedienta de correr mundo y aventuras.

El cura de Albadalejo bendijo aquella unión, que después estuvo á punto de deshacerse por las gaterías del sacristán, hombre ducho y muy dado á las mujeres de excelente trapío.

Mientras Minglanilla navegaba por los aires, cuidaba el sacristán de entretener á Rosalinda, para hacerla menos penosa la ausencia del marido. Este llegó á escamarse de que el sacristán fuera tan compasivo con su mujer y, en cierta ocasión que hubo de encontrarle en su casa en paños menores, á punto estuvo de embestirle para romperle un hueso; pero no lo hizo, porque Rosalinda se declaró culpable de haber derramado un cubo de cal viva sobre el infeliz.

Minglanilla quedó muy satisfecho con la explicación, aunque desde entonces, tomó á empeño que su mujer le acompañara en las expediciones.

No se resistió Rosalinda y esto desvaneció todas las dudas de Minglanilla, que empezaba á quemarse con el faego de una ardiente pasión de celos.

Así las cosas, una apacible tarde de primavera se presentó en Albadalejo un rubicundo mancebo, de ancho torax y musculatura vigorosa.

Al día siguiente de su llegada apareció en una esquina de la Plaza Mayor del pueblo un cartelón que decía:

Leer Minglanilla el cartel y empezar á revolcarse por el suelo todo fué uno.

—¿Te has vuelto loco?—preguntó asustada su mujer.

—¡Mental!—contestó.—¡Infamia horrenda! ¡Ese tío no sube donde yo! ¡Soy capaz de montarme en los cuernos de la luna!

Y Minglanilla se tiraba de los pelos como si no fueran suyos.

A la tarde siguiente, el pueblo de Albadalejo, en masa, ocupaba la Plaza Mayor, contemplando á Mr. Pinkert preparar su globo para elevarse á 20,000 kilómetros sobre la región que los demás mortales habitanos.

Al cortar las amarras, y ascender haciendo piruetas agarrado á la barquilla del aerostato, se produjo entre la muchedumbre un movimiento de admiración y entusiasmo. Minglanilla se mordía los higados de rabia.

El globo fué subiendo precipitadamente y bien pronto se perdió en la inmensidad del firmamento donde se dibujaba apenas como un punto.





El gentío se retiró admirado y confundido, haciendo chacota de Minglanilla, á quien hasta entonces había conceptuado como un ser superior.

—Es preciso,—dijo á su mujer,—que demos-tremos al pueblo que ese Pinkert no va á nin-guna parte, que nosotros subimos más alto y que nadie nos aventaja en volar.

—¡Imposible!—respondió Rosalinda.—Yo no me arriesgo á una ascensión tan peligrosa.

—¡Pues subiré yo solo!

Amaneció el nuevo día y Mr. Pinkert reapareció en el pueblo, sonriente y feliz, recibiendo las felicitaciones del veterinario, del alcalde, del alguacil y demás personas pudientes.

¡Cuál no sería el asombro de todos, y del mismo Mr. Pinkert, al ver que momentos después de su llegada se estampaba en las esquinas un cartel que parecía un reto!

MINGLANILLA EMPERADOR DE LOS VIENTOS

No tiene rival en ningún planeta
El domingo subirá en su

GLOBO

á

SATURNO

para dar expresiones á un amigo

Mr. Pinkert se quedó asombrado, y dando una gran prueba de compañerismo preguntó donde se hospedaba Minglanilla para visitarle.

Fué á su casa y no estaba Rosalinda se encontraba sola.

Mr. Pinkert se deshizo en cortesías y quedó prendado de los encantos de Rosalinda, quien por su parte se mostró muy afable con el extranjero, dándole á conocer que le era persona grata, como dicen los diplomáticos.

Entretanto, en Albadalejo, no se hablaba de otra cosa que de la próxima expedición de Minglanilla, el cual, á su vez, ocultábase á la justa admiración de sus convecinos.

El aeronauta extranjero tornó de nuevo á visitar á su colega.

—Todavía no ha vuelto,—respondió la mujer,—pero si usted quiere esperarle...

—Con mucho gusto,—interrumpió Mr. Pinkert.

Rosalinda y el competidor de su marido emprendieron una partida de brisca.

El juego no despierta emoción alguna cuando no se cruza interés de por medio y los contrincantes empezaron á apostarse un pellizco, dos, tres... hasta que comenzaron á intimar.

A las dos horas de juego Mr. Pinkert y Rosalinda se conocieron muy á fondo.

Minglanilla no regresó á su hogar hasta el domingo por la mañana.

Mr. Pinkert le esperaba.

Hicieronse las presentaciones de rúbrica y aquel día comieron los tres juntos.

—Nada de antagonismos y rivalidades,—dijo el extranjero.—Seamos buenos amigos. Esta tarde haremos juntos la ascensión, Sr. Minglanilla.

—Y yo les acompaño á ustedes,—añadió Rosalinda.



El marido se resistió al principio, y al fin cedió.

Llegó la tarde; la plaza estaba ahíta de gente cuando los aeronautas se presentaron en traje de ma-
llas á hinchar su globo.

Mr. Pinkert dió unos saltos mortales, y Minglanilla hizo varias graciosas piruetas que arrancaron nutridísimos aplausos.

Terminadas las operaciones preparatorias tomaron asiento en la barquilla Mr. Pinkert y Rosalinda.

Minglanilla, antes de cortar las amarras, se encará con el público para pronunciar breve discurso.

—Señoras y señores...

No pudo seguir adelante.

De entre la muchedumbre salió un grito de entusiasmo.

El globo se elevaba majestuosamente mecándose en los aires.

Alguien, á destiempo, había cortado las amarras.

Minglanilla, indignado, levantaba al cielo sus manos.

—No se apure usted compañero,—le gritó Mr. Pinkert.—Yo visitaré á su amigo y le contaré su desoperación.

El aeróstató siguió su marcha hasta perderse de vista.

Pasaron días, muchos, y la pareja no volvía.

—¿Habrán muerto?—preguntaban á Minglanilla los vecinos de Albadalejo.

—¿Dios lo sabe!—respondía tristemente.

Un año después recibió carta de un amigo de Madrid participándole que había visto á su mujer acompañada de un tal Pinkert.

Rosalinda estaba muy hermosa.

Minglanilla decidió ir en su busca, llevando como único equipaje una escopeta de dos cañones.

Sus pesquisas en la coronada villa no le dieron resultado práctico.

Armado siempre de su escopeta corrió de aquí para allá sin encontrar nunca el objeto de sus ansias.

Cansado de buscar, hallóse un día en la calle al amigo que le dió noticias

sobre su rara esposa.

—¿Tú aquí Minglanilla!

—Yo aquí. ¿Y mi mujer?

—Pero. ¿No lo sabes? Marchó á Nueva York con Mr. Pinkert. Y tú ¿dónde vas con esa escopeta?

—Al Monte.

—¿Sin perros?

—Los «perros» me los darán allí.

Y Minglanilla, empeñó la escopeta, para no volver á acordarse de Rosalinda, que se la regaló el día de su boda.



CHISMOSILLO

(Dibujos de F. Verdago)

TINTE AZUL

En las hojas de tu album, niña hermosa, de mis sueños, la ronda plañidera, como una ave gentil en la pradera se detiene á cantarte melodiosa.

Tú tienes el zahumero de la rosa, la gallarda esbeltez de la palmera, el ritmo de la alondra placentera y la gracia de inquieta mariposa.

La rosa en conjunción con la azucena esfuman en tu rostro sus candores, adornado con crenchas de sirenas; y para completar la obra divina puso Dios en tus ojos soñadores de dos astros la lumbre diamantina.

LUIS VENTURA MOHANO



VIDAS CANSADAS

(COLOMBINA)

¡Pobre flor! Capullo y ya deshojándose...
S. RUS: SOL.

Pálida como un lirio,
como una rosa muerta;
como la luz que al espirar la tarde
á las montañas besa.

Tiene el cabello oscuro,
las mejillas de cera,
los ojos macilentos y adornados
de azuladas ojeras.

La contracción extraña de su boca
no es risa, es una mueca;
desencanto de locas ilusiones
ya vencidas... ya muertas...

Colombina la llaman: fué vendida
por el *clown* de una *troupe* canallesca
que caminando por el mundo errante
va ganándose el pan y la existencia.

También á trabajar la dedicaron,
siendo una niña apenas;
cuando su pubertad soñaba entonces
con una aurora espléndida.

Comenzó de comparsa; poco á poco
fué venciendo en la escena
y acabó recibiendo abrazos falsos
y besos sin calor, en las comedias.

¿Adoraba á su *Clown*...? ¡Quien lo asegura!
¡ni ella misma siquiera!...

La lucha por la vida, era el ensueño
que solo le quedaba por herencia;
un campo mentiroso fué la gloria
que forjó en su cabeza;

un campo, con la flor de la esperanza
¡fresca en la tarde, y á la noche... secal...

Fué el primer desengaño, el primer hijo...
su senda era otra senda,
su porvenir, la perspectiva triste
de una vejez funesta.

Por la noche, en la extraña pantomima,
es visión, buda ó reina...
y bajo el bermellón que da á su rostro
la palidez oculta de una enferma.

El imbécil *gomoso*, desde el palco
donde su lujo ostenta,
á la infeliz desnuda con la vista
y un rato de lascivia saborea;
le mira sus contornos admirables,
los rizos de su oscura cabellera,
el seno rebosante de lujuria
¡de una lujuria anémica!...

Un momento es dichosa; en el aplauso:
pero al punto recuerda
los desencantos de su vida errante...
y sueña... ¿Con qué sueña?...

Con el país lejano del mañana,
con la contrata ansiada que no llega,
con el pan de sus hijos; ¡...de sus hijos!...
¡su guirnalda postrera!

Mariposa sin rumbo que en la vida
de desengaño en desengaño vuela!...
¡pálida como un lirio!...
¡como una rosa muerta!...

LEANDRO RIVERA



EL DESENLACE

Marido y mujer hallábanse sentados en el pequeño cenador de un jardín reducido pero cuidado con verdadero arte, con gusto exquisito.

Sobre la rústica mesa veíanse los restos de un refresco que ambos esposos habían saboreado con verdadera delicia, aspirando los gratos aromas de los jazmines y las madreselvas, cuyas ramas, entrelazándose amorosamente, subían por entre los pintados hierros, impidiendo que el sol canicular dejara caer sus abrasadores rayos sobre aquellos dos seres, mudos á la sazón, y abstraídos por completo en sus propios pensamientos.

Ambos esposos eran jóvenes, y en sus modales y en su porte, revelábase la distinción y la elegancia, no exentos de una sencillez encantadora.

Ella, echada atrás el cuerpo, miraba y remiraba el verdoso toldo, abrigado por los dorados reflejos del sol poniente; mientras él, apoyado en la mesa, fijaba la vista en la gruesa arena del pavimento. Pasado algún tiempo bajó ella la mirada y dirigiéndose á su esposo, exclamó sonriendo irónicamente:

—Mentira parece que no se te ocurra nada para evitar lo que sucede.

—Mujer,—contestó él un tanto enojado.—Tú crees que la cosa es fácil y te equivocas lastimosamente.

—Fácil, ó difícil, lo que yo te digo es que esta situación no puede prolongarse mas tiempo, por que cada día que pasa, aumenta el peligro y llegará un tiempo en que nadie podrá remediarlo.

—Yo también lo creo así; pero...

—Pero no hallas un medio de atajar el conflicto.

—¡Es verdad: lo confieso!

—Pues, en último caso, yo seré la que va á poner el cascabel al gato; y no pasa de mañana.

—¿Y qué harás, hija?

—No lo sé; pero no se necesitan muchas retóricas para decir: «Querido tío; tu mujer te engaña...»

—¡No tanto, mujer; no tanto!

—Bueno; pues le diré: «Tu mujer está próxima á engañarte.»

—Y él se echará á reír en tus propias narices, y te dirá que son visiones tuyas, invenciones de los envidiosos; y como tú no podrás presentarle ninguna prueba, por que no las tienes, quedarás en ridículo y hasta te expones á que te envíe á paseo.

—Pues hay que decirselo.

—Naturalmente que sí; ¿pero cómo?

Discurrir, hombre, discurre; que por algo eres autor dramático, y aplaudido.

—¡Si se tratara de hacer un drama!

—Yo creo que de eso se trata; por que, si lo que todos tememos, llega á realizarse, si el tío se ve un día engañado por su adorada mujercita y por el incauto de su hijito, ¡qué drama vas tú á inventar que pueda superar á ese y aun igualarlo!

—Acaso tengas razón.

—La tengo, Pablo; no te quepa duda.

—La tienes, sí; la tienes; por que, bien mirado, resultaría horrible y espantoso que llegara á suceder eso.

—Y sucederá, si tú no encuentras un medio para evitarlo.

Calló otra vez Pablo, y sus ojos volvieron á clavarse en la movediza arena, mientras su esposa que dóse mirándole fijamente, como si quisiera ayudarle en sus pensamientos, prestando fuerzas á aquella imaginación lanzada en busca de la idea salvadora, del medio deseado.

Súbito alzó Pablo la cabeza, brillaron sus ojos, contrójesse su frente, y apoderándose de una de las manos de su esposa que estrechó con verdadero transporte, exclamó:

—Ya lo tengo, Luisa; ya lo tengo.

—Bueno hombre; pero no aprietes tanto,—contestó ella retirando presurosa la mano dolorida.

—Perdona, hija; pero no he podido contenerme.

—Sí, sí; arranque de autor dramático!

—Y aplaudido; no se te olvide.

—Bien: y ¿qué es ello!

—Tengo la idea, y con eso basta.

—Pero, ¿en qué consiste?

—Nada me preguntes ahora; déjame que piense, que estudie: que la idea acabe de desarrollarse, que adquiera forma y vida.

—Vamos, sí; lo de siempre; que te deje solo.

—Es que...

—¡No, no; si te dejoj! Pero como esa idea tuya no *cua*je, me atenderé yo á la mía, y mañana se lo digo todo al tío, suceda lo que suceda.

Y así diciendo, abandonó el cenador y penetró en la casa, mientras Pablo quedó allí solo con sus pensamientos, contemplando abstraído el humo blanquecino del cigarro que ardía en su mano, cuyas espirales subían en remolinos por el espacio.



.*

La labor fué fecunda. La idea de Pablo *cua*jó, con gran contentamiento de Luisa que pagó aquel trabajo con un fuerte beso.

Al día siguiente, al despertar la aurora, marido y mujer tomaban el tren dirigiéndose á un pueblecito inmediato á la capital con objeto de pasar unas cuantas horas en la hermosa quinta de recreo donde veraneaba su tío.

En el trayecto convinieron los últimos detalles de aquel plan, con tan buena intención urdido.

En la quinta se les esperaba siempre; y aunque su llegada no causó sorpresa, fué, sin embargo, motivo de júbilo para D. José y para su hijo Pepe, pues la joven esposa de aquél recibíolos con la frialdad en ella acostumbrada.

Pablo y Luisa, con su tío y su primo, corrieron por el jardín y visitaron la huerta, regresando al mediodía á la quinta donde se juntaron con la señora de la casa, charlando de mil y mil cosas, mientras llegaba la hora de la comida. La impaciencia de Luisa condujo la conversación al terreno de la crónica galante, y refirió infinidad de habillitas, chismografías de la buena sociedad que llevaban y traían nombres y más nombres, fustigando reputaciones y destruyendo honras.

—¡Y quién hace caso de lo que la envidia propala ó la calumnia inventa!—exclamó la dueña de la casa con desabrido tono.

—No te digo que yo lo haga;—replicó Luisa, casi en el mismo tono.—Pero, hija: vé una cosas...

—La vista engaña muchas veces.

—En eso tienes razón, Rosario,—exclamó D. José.—Las apariencias engañan mucho.

—Sin embargo,—objetó Pablo;—convenzan ustedes en que la sociedad no está obligada á escudriñar el fondo de las cosas y ha de juzgarlas con arreglo á lo que vé y oye.

—También es cierto,—murmuró D. José.—Pero no negarás que puede uno equivocarse, y se equivoca indudablemente.

—Por eso hay que proceder siempre de modo que ni la calumnia ni la envidia tengan donde cogerse,—exclamó Luisa mirando alternativamente á Rosario y á Pepe.

—Ese es el punto capital,—agregó D. José.—Si todos procedieran así...

—Pero no proceden, tío,—interrumpió Luisa.

—Antes al contrario,—exclamó Pablo;—pues algunos parece que hacen las cosas para llamar la atención, sin pensar que labran su propio descrédito.

Nadie replicó á estas palabras, y un silencio completo reinó en la sala, hasta que D. José, dirigiéndose á su sobrino, exclamó de pronto:

—¿Y qué, se trabaja mucho?

—Regular, nada más.

—No lo crea usted, tío,—objetó Luisa,—por que hace unos días que está malhumorado y caviloso planteando una obra en tres actos.

—Algún drama; ¿eh?

—No so sé, tío.

—¿Qué no lo sabes?

—Eso sí que es raro,—exclamó Rosario.

—Lo parece, al menos; pero confieso que no sé si será comedia ó será drama, por que no acierto con el desenlace.

—Pues ahí es nada lo que te falta,—exclamó el tío riendo.

—Todo,—agregó Rosario irónicamente.

—Yo,—dijo Luisa,—prefiero que acabe en comedia, por que los dramas me horripilan.

—Pero; sepamos que es ello, que acaso podamos nosotros ayudarte.

—No diré que no; que usted, tío, no es de los legos en estas cosas.

—Pues venga la obra.

—Ahora no,—interrumpió Rosario;—por que nos espera la comida.

—Comamos, pues, antes; y á los postres procuraremos hallar desenlace para tu obra.



Una hora después, Pablo, en medio de un religioso silencio, comenzó de este modo:

—Los personajes principales son un hombre entrado ya en años, noble, recto, honrado; el prototipo de la bondad y de la hidalguía; una mujer, la esposa de éste en segundas nupcias, joven, bella, elegante, pero ligera y casquivana; tan falta de juicio, como sobrada de vanidad y de orgullo, y un hijo de aquél, joven inexperto, tímido y apocado, corazón virgen y alma pura, que no sabe de este mundo más que rezar por el alma de su santa madre, querer á su padre entrañablemente y respetar á su joven madrastra.

—¡Bien pensado!—interrumpió D. José, mirando fijamente á su sobrino, como si quisiera leer en su pensamiento.

Pablo sostuvo impasible aquella mirada, y continuó:

—La paz, la alegría, la felicidad reina en este hogar venturoso; la fortuna sonríe á estos tres seres lo bastante para creerse ricos; la consideración de propios y extraños va siempre con ellos, y todo el mundo los distingue y los aprecia; pero llega un día en que la mujer, con ligereza imperdonable, con menoscabo de su dignidad y obedeciendo solo á su natural vanidoso, clava sus ojos de fuego en aquel muchacho inocente, sonríe con voluptuosa é incitante mueca á aquel corazón virgen, despliega todo el arsenal de sus coqueterías, de sus encantos, de sus seducciones á la vista de aquella alma pura y la

esclaviza, la confunde, la subyuga y la domina haciéndola abrirse á extrañas sensaciones, á emociones nuevas, á desconocidos placeres y despertando en ella el amor; pero un amor apasionado, ardiente, inmenso, impetuoso, con todas las exigencias de la juventud y con todos los atractivos y tentaciones de lo imposible y de lo vedado.

En una palabra: la madrastra enamora al hijastro, sin pensar en las fatales consecuencias que puede traer tan descabellada é inculcable conducta.

—¿Y el hijastro?—murmuró D. José conteniendo apenas la emoción que le dominaba y mirando alternativamente á su mujer y á su hijo, mientras éstos, mudos y silenciosos inclinaban la frente, dominando su temor el uno y su cólera la otra.

—El hijastro,—significó diciendo Pablo con acento solemne,—lucha y batalla contra aquella pasión, y es vencido; quiere huir de aquella mujer, y no puede; pretende olvidarla, y no lo consigue. Su corazón va con ella, su alma la sigue á todas partes, su pensamiento la busca y la persigue á todas horas sin tregua ni reposo.

Calló Pablo, y el pobre viejo, en medio de un silencio absoluto, murmuró con voz trístísima:

—¿Esa es tu obra?

—Esta;—contestó Pablo;—pero me falta el final.

—Si esa mujer,—añadió con solemne acento.—Si esa desventurada cae prisionera en sus mismas redes, y el crimen se consuma, y lo descubre el marido...

—Ya tienes el drama,—interrumpió D. José con voz terrible;—por que el esposo, el padre, matará á los culpables, á los causantes de su deshonra; y morirá él después, en medio de la más profunda tristeza y de la desesperación más horrible, al ver manchadas sus manos con la sangre de la idolatrada esposa y del hijo querido.

Las terribles palabras de aquel anciano y la virilidad y entereza con que habían sido pronunciadas, no daban lugar á duda.

Había comprendido perfectamente, y Pablo y Luisa habían logrado su propósito.

Cierto que herido de muerte quedaba aquel corazón noble, aquella alma pura; pero aun podía escapar á la deshonra.

El deber estaba cumplido.



Poco tiempo después, Luisa y su esposo tomaban el tren de regreso á la ciudad, tristes, sí, pero satisfechos á un tiempo mismo.

Al arrancar el convoy, se abrió bruscamente la portezuela, y Pepe se arrojó casi en el coche, murmurando, presa de emoción tan visible como intensa:

—Me voy con vosotros.

—¡Tú!—exclamaron á una Pablo y Luisa.

—Sí; quiero darte la solución para tu nueva obra.

—Mira, Pablo;—añadió viendo que sus primos le contemplaban asombrados y silenciosos.—El hijastro se capacita al fin de lo monstruoso de su falta, y antes de cometer el crimen se marcha á América, para no volver nunca... como yo lo haré mañana mismo. ¿Os gusta el desenlace?

Luisa y Pablo, por toda respuesta, tendieron la mano á aquel desdichado, de cuyos ojos se desprendieron, rápidas y silenciosas, dos gruesas lágrimas.

PEDRO BONET ALCANTARILLA



POESIA PURA

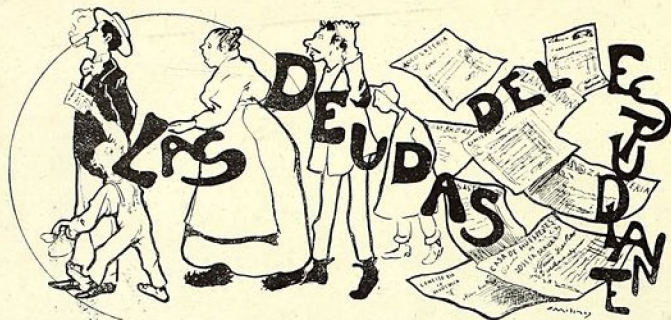
Un lago en que remar por la mañana,
un bosque en que dormir durante el día,
y á la noche la hermosa castellana
que abre á su trovador la celosía.

Romores apagados en alfombras,
la luna reflejada en nuestros ojos,
peligros en la luz, miedo en las sombras,
dicha en el alma, y en la faz sonrojos.

Luego, la envidia, cuyo agudo diente
clava en los corazones el deseco,
y al despuntar la aurora trasparente
el beso de Julieta y de Romeo.

Y después, otra noche, un grito vago,
un espectro que avanza mudo y frío
y un cadáver flotando sobre el lago...
¡ay! ¿por qué ese cadáver no es el mío?

MANUEL DEL PALACIO



Que me digan que hay estudiantes tramposos, y no lo pongo en duda; que me aseguren que hay escolar que se toma veinte con veinte seguidos sin que su bolsillo experimente la menor variación, y lo creo a pies juntillas; pero que halle quien se atreva a afirmar delante de mí que hay ó ha habido individuo con menos *lacha* en este punto que Perico Tirilla, eso sí que no lo admito.

Porque Perico (compañero que fué de un servidor en cierta universidad) era la personificación del desahogo para tomarse cafés con *media*, *medias* de Ojen, y otras medias y medios por el estilo, pagando al camarero con cualquier promesa, cuyo cumplimiento dejaba para el valle de Josaphat.

Así es que al cabo de un mes de curso, no había en la capital universitaria café, cantina, chirliata, taberna y demás centros de instrucción en que no debiese de dos duros para arriba.

En cualquier parte donde se encontrase, le acosaban los *ingleses*, cosa á la que maldita la import uncia que concedía, pues á todos despachaba con muy buenas palabras que el viento llevaba.

Entonces se hizo una alianza ofensiva y defensiva entre todos los acreedores del bueno de Perico, del que no pudieron conseguir otra cosa que la invitación á una *juerga monumental* que correrían cuando *colase el Romano*; y aunque volvieron á la carga los *aliados* no obtuvieron mejor resultado, contentándose con *despellejarle* de lo lindo cuando no estaba presente.

En este estado de cosas supieron, el insolvente con rabia, no exenta de miedo (no por él precisamente sino por sus costillas), y los *ingleses* con regocijo y frenética alegría, la noticia de que el padre de aquel iba á girar una visita de inspección para enterarse de su *vida y milagros*.

No queriendo desaprovechar la liga tan brillante ocasión le impuso la siguiente disyuntiva: ó pago de todas sus deudas aunque tuviese que empeñar para ello hasta las ligas, ó información completa al autor de sus días de todas sus trampas. Y para mostrarle su desinterés renunciaban á la monumental juerga pues los *muy vivos* comprendían que siendo muy difícil la causa (aprobación del Derecho Romano), lo era también el efecto (celebración de la juerga).

En la esperanza él de que encontraría algún medio de salir del apuro, aceptó la renuncia, pero no admitió la primera cláusula, sino que optó por la segunda con todas sus consecuencias; é inmediatamente puso en tortura su ingenio para dar con el deseado recurso.

Al fin concibió una idea que no era ni muy ingeniosa, ni muy conforme con la moral, pero que daría por resultados los efectos deseados.

En efecto, apenas llegó su padre, y después de hablar de todo lo que en estos casos es de rigor, le dijo con un tono que revelaba prudencia y previsión que en aquella ciudad había individuos que daban timos á los padres de familia, presentándose como acreedores de sus hijos, y que por sí llegaba el caso de que con él hacían lo propio, era su deber prevenirle.

Y el buen padre creyendo aquel conjunto de *canards* como si el Evangelio fuesen, calificado de bobos á los que se *dejaban engañar*, se incluyó entre los *vivos*, y salió de su casa dispuesto á mandar á... cualquier parte á cuantos quisiesen darle el célebre timo.

Apenas salió á la calle cuando los *timadores* le perseguían y se acercaban á él como moscas á la miel, y aunque al principio se limitó á negarse á sus deseos, viendo que la cosa se ponía fea porque parecía que manaban, se presentó en la delegación para que fuesen detenidos, y aunque ellos juraron que el tal timo era para invención del entrapado escolar, sus protestas fueron desatendidas, y *provisionalmente* fueron reclusos en prisión.

Y mientras el truhán de Perico se paseaba tranquilo y satisfecho, aquellos eran tratados de timadores por el *grave delito de pedir lo suyo*.

¡Así está el mundo!

BENITO SÁNCHEZ Y ALONSO

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 51.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barabá.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacoliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Housaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

ADVERTENCIA

El extraordinario y siempre creciente éxito alcanzado por el album JOYAS DEL ARTE que regala IRIS á sus suscriptores y compradores nos obliga á continuar su publicación en el año próximo, renunciando á plantear otras reformas que teníamos proyectadas. El público ha comprendido el suabidísimo valor de nuestra colección de las mejores obras, antiguas y modernas, existentes en Museos, Galerías particulares y Exposiciones oficiales, y sin temor á equivocarnos podemos asegurar que nuestro "Album" habrá de constituir en lo futuro una obra que será buscada con afán, pues ninguna otra habrá que, por la modestísima suma de su adquisición, pueda ofrecer reunidos tantas y tan importantes reproducciones, estampadas con la perfección que todos reconocen. Baste decir que, cualquiera obra análoga costaría muchos centenares de pesetas, adquirida en condiciones ordinarias.

Accediendo á los deseos manifestados por

muchos de nuestros favorecedores hemos encargado la confección de tapas especiales, que podrán adquirirse en la forma que oportunamente daremos á conocer.

Quien del rostro el arrebollo pierda, por digerir mal, pronto lo adquirirá igual con Magnesia SAN-IMOL

¡Ay que me duelen los callos! gritaba uno de Lerin y le respondió un compadre: —Empiea el LADIVONSIM.

INCOLORAS

Me avergüenzo fácilmente cuando me llaman prudente, que á saber llegué muy pronto, que así le llama la gente al pobre que nace tonto.

La empujaron al arroyo, y cuando en él la dejaron, de su vicio murmuraron haciendo mayor el hoyo donde su honor sepultaron.

A. MACÍAS RODRÍGUEZ

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Fra Dilecto.—Sevilla. —A pesar de algunos descuidos su cuento interesa y vale la pena de ser publicado.

J. M. R.—Salamanca.—Bonita poesía. Se publicará.

R. L. F.—Valencia.—Creo son dos. Recibido el giro. Las dos poesías que ha enviado pecan la una de prosa y la otra de solidez (véase *La Torre*). Además, lo mismo estas que las anteriores contienen versos mal medidos.

X.—Madrid.—*Aligando bonus dormitat Homerus*, amigo. De todas maneras, gracias por la observación.

J. S. T.—Barcelona.—Aceptado el cuento.

E. de L.—Sevilla.—Idem la poesía.

S. V.—Madrid.—Como es el primero, no tiene nada de extraño que haya salido un poquito desigual. Abundan demasiado los chondrillos, los epítetos son poco expresivos y hay exceso de reñedones.

L. V. M.—Buenos Aires.—Correspondo con la mayor efusión á su cariñoso saludo y tengo el gusto de manifestarle que se publicarán las dos poesías.

E. Ch.—Ronda.—¡!!!

J. G.—Granada.—Pues ¿no lo he de publicar? Diríase que empieza usted por donde los otros acaban.

R. F. de M.—Barcelona.—La poesía es muy bonita, pero no será posible publicarla pronto á causa del gran número de originales que tenemos pendientes de publicación.

A. M. R.—Arléville.—Todo está muy bien. V. de A.—Zaragoza.—¡Como siempre! Precioso.

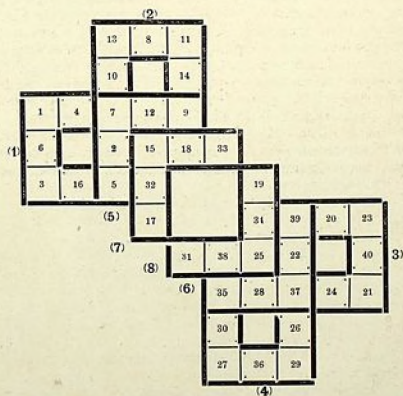
S. A.—Valencia.—Perfectamente. Saldrá en su día.

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Problema. —

La colocación es la siguiente:



Y se verá que se puede seguir la numeración dando saltos del caballo de ajedrez. (Termina en la casilla núm. 40).

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL. ENTREGA DE DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL. ENTREGA DE DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

Ayuntamiento de Madrid

ITALIA



GENERAL